

NACIMIENTO DE UNA TRADICIÓN

Las últimas luces del día penetran en el Corro, acariciando las piedras de la Torre, en esta lejana tarde de Viernes Santo.

Una multitud inquieta se agolpa frente a la capilla, pujando por hacerse con una mejor posición para poder contemplar, sin perder detalle, la inminente salida del Paso de “La Escalera”.

Parece que cuesta respirar ese aire cargado de emoción, en el que aún se difuminan las sensaciones dejadas por la salida del “Longinos”. Un aire que transforma la percepción que tienen de la realidad los allí presentes: la corta espera se antoja eterna, la calma es pura tensión, el júbilo quema en las entrañas... El gesto afable ya palidece, mientras afloran las lágrimas y los latidos se desbocan.

En el umbral de la Capilla, los ojos abiertos como platos de un chaval, Manolo, se diría que no pasaban por alto nada de lo que estaba ocurriendo: ahora los cofrades andaban afanados en recogerse la túnica unos a otros, con la destreza que proporcionan muchos años de experiencia.

El leve murmullo y los últimos ajustes cesan de inmediato cuando uno de los gremios, el “Cadena”, ligeramente inclinado sobre el tablero y con sus manos apoyadas en él, echa un vistazo alrededor del Paso para comprobar que todos están preparados y en su puesto.

El golpe en la madera resuena como un trueno en el eco de la Capilla, sumida en un silencio sepulcral. “A rezar”.

Es impresionante la imagen del blanco impoluto de una Hermandad entera, con la cabeza reclinada, rodilla en tierra, ofreciendo una plegaria por los que ya no están.

Manolo, que nunca había presenciado desde tan cerca este ritual, no dejaba de sorprenderse con lo que ocurría.

Su mirada iba tras el “Cadena” que, saliendo al exterior y abriéndose camino entre la gente, avanzó hacia la posición que ocupaba una banda de música. Al regresar, después de haber cambiado unas breves palabras con el director, súbitamente se agachó y comenzó a restregarse las manos en la tierra oscura del suelo de la calle. Al momento,

otros hermanos con la túnica recogida salieron a hacer lo mismo y, rápidamente, se reincorporaron a su puesto.

Mientras comenzaban a sonar los primeros acordes de “La Lágrima”, Manolo buscaba un sentido racional a lo que acababa de presenciar. “Es para que no se les resbale cuando le bajen”, dijo alguien, adivinando su gesto de incompreensión.

Y el niño continuó inmóvil, expectante ante lo que presentía que faltaba por venir.

El último aviso del “Pardal” reclama la atención ante la inmediatez del gran acontecimiento. El rito está cumplido y no se puede esperar más. Va a salir “La Escalera”.

De nuevo el silencio. Otra vez el alma compungida y el pulso desenfrenado. Otra vez el brillo húmedo en los ojos y el temblor de los cirios en las manos nerviosas. Otra vez falta el aire...

El “Cadena” dice “oído” y los veinte, al unísono, se agarran al Paso como si formaran parte del mismo.

Transcurren unos segundos, acaso unas décimas, antes de dar el golpe en el tablero, pero a los veinte les parece toda una vida. Sólo Dios sabe lo que puede estar pasando por sus cabezas en ese momento, porque ni ellos mismos serían capaces de explicarlo.

En ese breve espacio de tiempo, en ese “instante mágico”, los Hermanos del Descendimiento experimentan algunas de las sensaciones más profundas y auténticas, pero a la vez más recónditas, porque sólo las conocen quienes lo han vivido.

Y quienes lo han vivido, no saben cómo contarlo.

Manolo, aún ajeno a ese trance, grababa con sus ojos claros bañados de emoción cada uno de los momentos, cada uno de los detalles. Las imágenes de este Viernes penetraron como una ráfaga de impresiones en su interior, y ya permanecerían para siempre en su memoria

= = = = = =

Podría haber sido ayer, pero de esto hace muchos años. Sin embargo, hoy es Viernes Santo y la escena es similar a la de entonces: el atardecer, la Torre, el Corro, la gente, las túnicas y, en el ambiente, esa rara mezcla de fiesta y de duelo, de alegría y de congoja, tan difícil de explicar.

Todo igual, excepto un mínimo detalle: el suelo de la calle está pavimentado y no hay tierra donde enjugar el sudor de las manos y la incertidumbre del ánimo.

La capilla se encuentra repleta de túnicas blancas que entran y salen apresuradamente. El inicio de la música la deja casi vacía, y es entonces cuando, fugazmente, hemos reconocido aquella mirada llorosa de ojos claros. Es Manolo, sin duda. La edad se le adivina en sus movimientos cansados, mientras distribuye algo por las manos de los veinte afortunados que van a sacar el Paso.

Aquel niño de aquel Viernes Santo... Aquel niño que, aquel Viernes santo, sintió cómo por sus venas empezaba a correr la sangre más pura de “La Escalera”. Aquel niño, hoy anciano, que este Viernes Santo, tras muchos años en la Hermandad, y con el respeto y la admiración, ganados a pulso, de todos sus hermanos, reparte por última vez “la resina”. La misma resina que nace en la madera, y que a la madera vuelve todos los Viernes Santos, pegada a las manos de veinte cofrades del Descendimiento, ya convertida en tradición. Vuelve, y vuelve como tradición, porque un hermano la inició y todos los demás quisieron que así fuera. Y así seguirá siendo...

Una vez acabada su labor, el hermano Manuel Guerra abandonó la Capilla con lentitud, casi con desgana, como si algo en su interior le retuviera, para unirse discretamente a los otros hermanos en el Corro.

Y, con la misma emoción que lo hizo aquella primera vez, disfrutó del sublime espectáculo que supone ver salir a “La Escalera”.

El año siguiente ya lo haría desde el Cielo...